

MIGUEL HERNÁNDEZ

(ORIHUELA, ALICANTE, 1910-ALICANTE, 1942)

265. «UMBRÍO POR LA PENNA, CASI BRUNO...»

Umbrío por la pena, casi bruno,  
porque la pena tizna cuando estalla,  
donde yo no me hallo no se halla  
hombre más apenado que ninguno.

Sobre la pena duermo solo y uno,  
pena es mi paz y pena mi batalla,  
perro que ni me deja ni se calla,  
siempre a su dueño fiel pero importuno.

Cardos y penas llevo por corona,  
cardos y penas siembran sus leopardos  
y no me dejan bueno hueso alguno.

No podrá con la pena mi persona  
rodeada de penas y de cardos:  
¡cuánto penar para morirse uno!

(*El rayo que no cesa*, 1936)

Lo primero que llama la atención en este poema es la insistente, casi obsesiva, repetición de la palabra «pena» —y sus derivados «apenado» y «penar»—, de tal manera que se convierte en la clave que centra el tema. Pero ¿cuál es la pena o dolor que de tal manera atenaza al poeta que le es imposible deshacerse de ella? Ninguna explicación se nos da, y mejor que buscar causas o circunstancias concretas es referirse a un significado existencial abstracto, a una visión trágica de la existencia y a la conciencia de un amargo destino personal, tan arraigadas en

el conjunto de la obra de Miguel Hernández. Las continuas imágenes, en gran parte, de corte surrealista, los procedimientos intensificadores, como la reiteración ya señalada de la palabra «pena», y la exagerada expresión del sufrimiento desembocan en la patética exclamación del último verso, «¡cuánto penar para morirse uno!», convertida hoy en frase proverbial de nuestro idioma para expresar el dolor de vivir.

267. «COMO EL TORO HE NACIDO PARA EL LUTO...»

Como el toro he nacido para el luto  
y el dolor, como el toro estoy marcado  
por un hierro infernal en el costado  
y por varón en la ingle con un fruto.

Como el toro lo encuentra diminuto  
todo mi corazón desmesurado,  
y del rostro del beso enamorado,  
como el toro a tu amor se lo disputo.

Como el toro me crezco en el castigo,  
la lengua en corazón tengo bañada  
y llevo al cuello un vendaval sonoro.

Como el toro te sigo y te persigo,  
y dejas mi deseo en una espada,  
como el toro burlado, como el toro.

(*El rayo que no cesa*, 1934-1935)

El amor es el núcleo temático de estos versos. Muy lejos de cualquier relación de plenitud y de toda fuente de alegría o de placer, el poeta expresa su incontenible empeño amoroso condenado a la frustración y a la muerte. Se trata, por tanto, de una concepción trágica del amor, marcado por el dolor y la insatisfacción. Esta frustración amorosa encuentra su primera causa en el carácter esquivo y huidizo de la amada, pero la razón última está en la desgarrada condición del propio poeta, que se compara con el «toro» en su destino trágico abocado a la muerte. En este poema se encierran las notas de pasión y elegía que definen la poesía de Miguel Hernández en su preocupación por la vida, el amor y la muerte («con tres heridas yo: / la de la vida; / la de la muerte, / la del amor»). Estos dos últimos temas son los que trata el poema, muy representativo del libro al que pertenece por la insistente recurrencia del simbolismo del toro, tan querido del poeta. Si la pasión amorosa es como un «rayo que no cesa» de herir a quien la siente y el amante pugna en su empeño hasta la muerte, ninguna fuerza mejor que la del toro desangrándose en su ciega embestida hasta su violento final.

## Elegía a Ramón Sijé (*El rayo que no cesa*, 1936)

Ramón Sijé, seudónimo de José Ramón Marín Gutiérrez, no sólo fue el amigo entrañable de la infancia de Miguel Hernández en Orihuela, sino también su consejero y orientador literario, y el impulsor de comunes empresas poéticas, como la publicación de la revista *El Gallo Crisis*. Con el paso del tiempo y, especialmente, por la amistad de Miguel con Aleixandre y Neruda, se produjo un distanciamiento ideológico y afectivo. Cuando, en plena juventud, murió Sijé el 24 de diciembre de 1935, Hernández, que se encontraba en Madrid, se sintió profundamente afectado y, unos días después, escribió esta «Elegía» —publicada en los primeros días de enero de 1936 en *Revista de Occidente*—, transida de amor y dolor ante la inesperada muerte del amigo tan querido, y sintiéndose —en sus propias palabras— «injustamente separado de él en estos últimos tiempos».

El poema, escrito en tercetos encadenados, está estructurado, según Ana María Fagundo, en tres partes que revelan los estados anímicos del poeta: aceptación, en los tercetos del 1 al 7; rebelión, del 8 al 12, y sublimación, del 13 al 16. Sin embargo, su estructura, más simplificada, puede condensarse en dos partes principales. La primera, hasta la estrofa undécima, se extiende desde la anunciación del hecho —irreversiblemente aceptado y con tono de resignada tristeza— de la pérdida del amigo hasta la incontenida rebelión, rabia y desesperación por no poder comprender ni aceptar la temprana muerte de su

«compañero del alma». Las aliteraciones y las anáforas intensificadoras conducen a la explosión de la estrofa novena, con la repetición «estridente» del fonema *r*, para desembocar a continuación en los dos siguientes tercetos, los más desgarradores y verdadero clímax emotivo del poema.

En la segunda parte cambia radicalmente el tono; el desgarramiento y la furia se mutan ahora en la delicada esperanza de reencuentro, expresada con las formas verbales de futuro, lo que, en realidad, es una evocación serena e idealizada de los dulces recuerdos de fraternal amistad y convivencia juveniles, fundidos en una naturaleza familiar de huertos, higueras, flores y colmenas. Recordemos cómo, en un texto para la prensa, Miguel Hernández evocaba así al amigo muerto: «Venía a mi huerto cada tarde de marzo, abril, mayo, junio..., andaba entre los romeros con prisa de pájaro, hablaba con atropello y su voz iluminaba más que los limones del limonero, a cuya sombra y azahar platicábamos.» Pocas veces se ha llorado poéticamente la muerte de un ser querido con palabras tan conmovedoras como las de esta elegía, que, junto con las «Coplas» de Jorge Manrique, «Canción a la muerte de Carlos Félix» de Lope de Vega, «Canto a Teresa» de Espronceda y «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías» de García Lorca, forma la serie magistral de la excelente tradición elegíaca de la lírica española.

## NANAS DE LA CEBOLLA

En 1939, Miguel Hernández, preso en la cárcel madrileña de la calle de Torrijos, recibió una carta de su mujer en la que le decía que seguía amamantando a su hijo a pesar de que ella sólo se alimentaba de pan y cebolla. En la respuesta, y entre otras muchas cosas estremecedoras, el poeta le dice que «el olor de la cebolla que comes me llega hasta aquí, y mi niño se sentirá indignado de mamar y sacar zumo de cebolla en vez de leche. Para que lo consueles, te mando esas coplillas que le he hecho, ya que para mí no hay otro quehacer que escribiros a vosotros o desesperarme».

En estas circunstancias nacieron «Las nanas de la cebolla», doce seguidillas definidas por Concha Zardoya como «las más trágicas canciones de cuna de toda la poesía española». Como escribió Luis Felipe Vivanco: «El verso es breve, pero el aliento largo. La estrofa es tal vez graciosa, pero la arquitectura, trágica», ya que las circunstancias lo eran: penuria y hambre en la mujer y el niño, y angustia en él que se encontraba encarcelado. Sin embargo, el intenso y emotivo poema no se detiene en la contemplación de las duras circunstancias —no las explota sentimentalmente—, sino que las potencia imaginativamente mediante un deslumbrante juego metafórico. La cebolla, pues, se convierte en «escarcha, cerrada y pobre», «grande y redonda», «hambre», «hielo negro»; y el resto del poema, en su mayor parte, se construye sobre la metáfora del niño como alondra que, ajena a las circunstancias adversas que le rodean, remonta el vuelo. Así se lo pide el poeta, que vuela, riéndose e ignorando el horror en torno, y que, con su risa, le haga volar a él, que está prisionero. Estas metáforas de la cebolla y la alondra —y otras como las de los dientes que son «azahares» y «jazmines», etc.— confieren al poema una alta calidad literaria. En las «nanas» Miguel Hernández trató de sublimar su dolor, enviando un canto de alegría y de ternura a sus dos seres más queridos, pero, tras su lectura, nos queda, casi inevitablemente, un poso amargo de desesperanza e impotencia<sup>122</sup>.

Como hemos comprobado, quizá haya sido Miguel Hernández el poeta que ha escrito la más conmovedora elegía al amigo muerto, el más apasionado poema de amor a la esposa y al hijo que se espera, y la más trágica canción de cuna de toda la poesía española.

<sup>122</sup> «Las nanas de la cebolla», en *En torno a Miguel Hernández*, Madrid, Castalia, 1978, págs. 139-141.

## EL DEBER DEL CAMPESINADO

Los hombres que han trabajado las tierras de España; las tierras generalmente duras y poco productivas del agro español. Los hombres que se han dejado sus fuerzas y su salud en el cultivo de esas tierras, por un jornal reducido o un arriendo que no han podido pagar más que quitando el pan de su boca y la sangre de sus venas: esos hombres y los hijos de esos hombres, y vosotros campesinos, que hoy empuñáis el fusil, sabéis poco o sabéis nada la victoria que representa para vosotros derrotar a las clases adineradas que están frente a nuestras trincheras, bajo el nombre de fascismo. No quiero creer que la mayoría de vosotros peleáis por las diez pesetas; no quiero creer que os habéis hecho milicianos por dar de lado al arado y a la yunta o porque no habéis tenido más remedio... Sería indigno de los campesinos honrados que fuera así. Creo que habéis dejado la aldea, la mujer, el hijo y el barbecho porque habéis visto que Juan, que Alonso, que Saturio, vuestros vecinos labradores más honrados y más perseguidos por los que han sido explotadores y dueños de vuestras haciendas, las han dejado; y los habéis seguido con el presentimiento de que junto a ellos lucháis por un porvenir de abundante pan; y justicia abundante. Pero en las trincheras veis que corre la sangre, que mueren compañeros, que se pasa malos días. Juan, Alonso, Saturio han muerto con los dientes apretados, y unas palabras de aliento para vosotros y un insulto para sus asesinos han sido el último rumor de sus vidas. Y vosotros no sabéis si llorar, si insultar también a los asesinos, si dejar el fusil y marchar a donde no se oiga la guerra o si dejaros matar cobardemente. ¿Por qué este decaimiento de ánimo? sencillamente: porque no tenéis plena conciencia, pleno sentimiento de la muerte de Juan, Alonso y Saturio; de la vida de vuestros hermanos y vuestros hijos y de la maldad de los que han explotado vuestros cuerpos esclavos. En una palabra: *porque no queréis la tierra.*

Por hambres que pasemos, por muerte que veamos, por sangre que se nos derrame en estos días tormentosos, no podemos reaccionar como borregos, a los que todo se les va en lamentos, en balidos tristes. Hemos de reaccionar como hombres que somos: hemos de salir de cada momento difícil con más empuje, con más serenidad, con más alegría. La muerte de cada compañero nuestro, debe ser un puñado más de rabia acumulado en el fusil, que siempre ha de estar atento y vigilante contra las cabezas enemigas.

A vosotros, campesinos, corresponde alentar y disciplinar a vuestros compañeros de trinchera. No los dejéis decaer, agachar la

cabeza, encoger las piernas, decir palabras de desaliento. Vosotros, campesinos, por experiencia lo sé, sois los que más sabéis de sufrimientos y necesidades: sed los que sepáis dar mejores lecciones de hombría. Que ni un solo fusil se acobarde a vuestro lado. Que a nadie importe morir por la defensa de su barbecho libre, de sus manos libres para recoger el trigo y la viña.

A vosotros, campesinos, corresponde ocupar el lugar primero en los puestos de combate. A vosotros pertenece la salvación de España. Cada baja que ocasionéis al enemigo, es un palmo de tierras que se libra de tiranos y de imposiciones. Cada muerto fascista, es un montón de estiércol que tenéis para las cosechas venideras. ¿Qué abono más fino podéis desear para vuestros cultivos? Que caiga principalmente sobre vosotros, campesinos, la gloria de ahogar en las trincheras al fascismo, como ha caído siempre la de ahogar en los surcos a la cizaña. La tierra, vuestra, España, vuestra y no de italianos y alemanes. Deseadlo con todo el corazón y lo será. Y no penséis en la muerte cuando la tengáis cerca más que para deciros:

*¿Cómo la he de temer si es un solo trago?*

## [LA POESÍA «COMO UN ARMA»]

Nací en Orihuela hace veintiséis años. He tenido una experiencia del campo y sus trabajos, penosa, dura, como la necesita cada hombre, cuidando cabras y cortando a golpe de hacha olmos y chopos, me he defendido del hambre, de los amos, de las lluvias y de estos veranos levantinos, inhumanos, de ardientes. La poesía es en mí una necesidad y escribo porque no encuentro remedio para no escribir. La sentí, como sentí mi condición de hombre, y como hombre la conllevo, procurando a cada paso dignificarme a través de sus martillerazos.

Me he metido con toda ella dentro de esta tremenda España popular, de la que no sé si he salido nunca. En la guerra, la escribo como un arma, y en la paz será un arma también aunque reposada.

Vivo para exaltar los valores puros del pueblo, y a su lado estoy tan dispuesto a vivir como a morir.